

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA MUJER DEL CESAR

SER Y PARECER

«No basta ser santo; es necesario parecerlo.» En cierto nivel que en su juventud escribiera don Vicente Blasco Ibañez, ahora exhumado, un personaje, padre de la Compañía, espeta el consejo. La máxima, dentro del contexto, tiene un aire obviamente «jesuítico», en el mal sentido de la palabra. La verdad es que Blasco, puesto a arremeter contra los teatinos de san Ignacio, no da la impresión de haberse molestado mucho en apurar las fuentes a su alcance. Quiero decir que ni siquiera dio una ojeada a las «Provinciales» de Pascal. Se contentó con la presunta «Mónica» y con las historias o historietas que circulaban en su tiempo: lo demás corría a cuenta de su fantasía. Y nunca fue la de don Vicente demasiado sutil en cuanto a cuestiones de ideas. Para salir del paso, en la escena aludida, se valió de una frase antigua, archisabida y casi proverbial. Aquella de: «La esposa del César no sólo ha de ser honrada, sino que también ha de parecerlo». Atribuir a Blasco la intención de evidenciar, con el calco, un cualquier indicio de la rutina de «humanidades» mantenida por los iniguistas, sería excesivo e incluso desplazado. Pero eso es secundario. Lo que importa es la persistencia de la recomendación. Desde un ángulo muy distinto, y con diferencias que van más allá del matiz, quizá convendría recordar un aforismo de Jean Rostand, el biólogo: «La grandeur, pour se faire reconnaître, doit souvent consentir à imiter la grandeur»...

Es curioso que, en todo caso, sean las cualificaciones morales habitualmente consideradas «positivas» —la santidad, la honradez, la grandeza— las que exijan certificarse mediante las «apariencias». O no es nada curioso: al contrario, «normal». Costaría trabajo encontrar fórmulas semejantes para las actitudes y los comportamientos llamémoslos «negativos»: «No es suficiente ser ladrón, asesino, tirano, prostituta, crápula, envidioso; hay que parecerlo, además». Las conductas socialmente condenadas procuran disimularse, y es lógico que así ocurra. Haría falta un grado heroico de insolencia para plantar cara al mundo entero —aproximadamente «entero», y no ha sido frecuente que se diesen casos. Quizá algún bandido espectacular, y probablemente de la familia de los «generosos», que ya constituye un adorno atenuante; quizá unos cuantos escritores despreciados, tipo Villon, Rimbaud o Sade; quizás... Es la «virtud», cuando lo es de veras, quien se ve forzada a presentar el aspecto

de virtud. Un santo que no lo parezca difícilmente será tenido por santo; una señora prácticamente casta ha de privarse de devaneos inocentes, que le proporcionarían mala fama; un «grande», de la especie que sea, si se hace el humilde, le tomarán por el pito del sereno, y deberá imitar la «grandeur», con énfasis supernumerarios, a fin de que se salve su tamaño. La convocatoria al exhibicionismo es inevitable.

Lo cual no ha de extrañar a nadie. Hemos heredado el error, y no será fácil desprendernos de sus implicaciones. Hoy se producen, a menudo, y no tan a menudo como convendría, «rupturas». La cosa de los hippies fue, en su momento, significativa. Y no sólo la de los hippies. La «ruptura», últimamente, se ha generalizado. Y como en cualquier generalización, se «rompe» algo, aunque no se «rompe» con todo. De hecho, los grandes y graves procesos histórico-sociales han funcionado así: como la erosión geológica, si vale la referencia, más que como los traumas epilépticos de la corteza terrestre, según las explicaciones técnicas. Las «apariencias» van de capa caída, sin duda. Pero no tanto. Todavía hay que «aparentar», en la dirección atávica. Un alto porcentaje de la población continúa sometida al «tótem» y al «tabú» ancestrales, y se rige por ellos. Por las «apariencias», en definitiva. Las «apariencias» han de ser afables, resignadas, sonrientes: el convencionalismo en que se basan lo reclama. Para convivir, esta extraña bestia que es el hombre ha logrado imaginar unos supuestos «convencionales», que varían, pero que en cada instante se imponen. Los insignes reglados, las meadas irruentes, las ventosidades colosales de Rabelais —bueno: de Gargantúa y de Pantagruel— están en el origen de la «urbanidad»: de las «reglas» de una «urbanidad» nada desdeñable.

Toda «apariencia» es una falsificación de la realidad. Lo es en la medida en que únicamente es «apariencia»: hipocresía. Y no deja de serlo cuando la esposa del César ha de preocuparse porque la crean «honrada», y etcétera. «Guardar las apariencias» ha sido un precepto burgués. Y —ligera variante— «salvar las apariencias». Si fuese posible reducir a estadísticas las consecuencias de estas formulaciones anodinas, tropezaríamos con cantidades espeluznantes de suicidios, de crímenes de toda laya, de amarguras secretas indescriptibles. Una cala en la novelística europea contemporánea, hecha desde tal punto de

vista, ofrecería resultados acongojantes: no importa si el material fuese Balzac o Ayguals de Izco, Flaubert o Miller, Dostoyevski o Lawrence, Joyce o Pérez y Pérez, Vivir es un drama. Uno ha de enfrentarse con su propio cuerpo, para empezar, y el cuerpo de uno siempre deja que desear: una giba, una calva, una nariz intertemporal, unas muelas que duelen, una estatura discutible, las glándulas de secreción interna que van a la suya, una úlcera, una cojera, la sustancia gris y su lotería genética... Todo eso es anterior a la «sociedad». Me he limitado a «enunciar unos cuantos riesgos: hay más, son infinitos. La «sociedad», después, plantea su devorante «intimidación», o «intimidación», con las «apariencias». Desdicha tras desdicha. Ya nos lo advertían los clérigos de antaño: un valle de lágrimas.

Y las apariencias «engañan». Justamente porque son «apariencias». La santidad, la mujer del César, la «grandeza», se ven medidas en el lio de «aparentar». Una tortuosa deformación psíquica se interfiere, entonces, y todo queda intoxicado por la «apariencia»: por el «engaño» recíproco. Es un engaño relativo, claro está. La «verdad» se sabe: la «apariencia» tiende a velarla —de «velo», no de «vela» o «vigilia», y así vamos tirando. Joaquín Ruyra escribió un cuento espantoso a partir de la hipótesis de que un individuo podía leer las intenciones del prójimo con sólo mirarle a los ojos. Es uno de los papeles más incisivos de toda la historia de la literatura catalana. El protagonista de la narración se desesperó con tanta lucidez. Las «apariencias», las «convenciones», ¿son imprescindibles? Al arrinconar las que nos vienen de familia, y desde una genealogía arcaica, también sería útil sopesar lo que de «apariencia» —o «convención»— se introduce en las juveniles irrupciones más recientes. Las «apariencias» son otras. Son todavía «apariencias». Se pretenden «verdades», y lo son más que nunca. Afortunadamente. Los chicos y las chicas de las últimas hornadas se desenvuelven con mayor desparpajo que sus papás y sus abuelitos. No tanto, sin embargo, como para echar las campanas al vuelo. La «ideología» vigente entre los jóvenes del día sigue siendo pegajosamente reaccionaria, «minorías» aparte. «De ellos es el mundo», con todo.

Joan FUSTER

TRAS UN CENTENARIO LA CATEDRAL COMPOSTELANA

DIEGO Peláez, obispo compostelano, hombre inteligente y tenaz, fantasioso y expeditivo, cuya biografía habita a medias la fábula y la historia, inició en 1075 las obras de la catedral compostelana. Claro que en esta fecha como en tantas otras, las precisiones resultan gotas de mercurio, gotas que nadie logra apresar definitivamente entre los dedos. Hay eruditos que proponen el año de 1077. Conant, ajustándose a la «Compostelana» y al «Calixtino», señala el 1078. Gómez Moreno es quien sitúa los comienzos en 1075. Pero comencemos a su vez muy relativos porque anteriormente existió otro templo edificado en el reinado de Alfonso II, templo derribado y substituido por el que ordenó Alfonso III y que Almanzor redujo a escombros. Recientes excavaciones en la basílica han descubierto huellas de más lejanos santuarios cuyos sucesivos estratos hundían las raíces hasta la dominación romana.

Tras Peláez, tras ese siglo XI convenido como fundacional para la basílica jacobea, cada época, cada emoción mística, cada gusto arquitectónico han ido imprimiendo su perfil, pudiendo, injertando o creando nuevas áreas en la catedral, hasta concluir en la deslumbrante fábrica que hoy contemplamos. La catedral compostelana es, pues, un compendio, una suma en la que armoniosamente se aúnan plurales estilos, si bien el románico y el barroco acaparan los acentos más singulares y los espacios más sobresalientes. Ha festejado Santiago de Galicia el IX centenario de su templo catedralicio; y en la exposición abierta con tal motivo en Santo Domingo de Bonaval, se han ofrecido variados recuerdos de su grande y general historia desde el famoso «Codex Calixtino», desde los «Tumbos», hasta el proyecto de Fernando de Casas para la fachada del Obradoiro.

Todo lo que la ciudad de Santiago es y significa en la cultura universal ha brotado de la tumba del Apóstol. El cristianismo medieval tuvo tres polos creyentes, humanísticos y peregrinantes: Jerusalén, Roma y Santiago. De los tres, Compostela fue el más deslumbrante ha-

ta constituir el «umbilicus mundi». Leer el «Calixtino» es un entusiasmo. En él, como si se tratase de una seductora aventura, se narran las horas culminantes del siglo XII. El «Calixtino» cuenta las gentilezas que llegaban hasta la tumba jacobea: francos, escoceses, teutones, griegos, armenios, dacios; enumera los instrumentos que se tañían en las naves catedralicias: cítaras, flautas, trompetas, arpas; los hábitos y aderezos que portaban los peregrinos: sombrero de alas anchas, sayales penitentes, morrales, báculos; se anotan las precauciones a tomar antes de iniciar la empresa trashumante: pedir perdón a los agraviados, restituir lo robado, ordenar testamento; se advierten los peligros de la larga y difícil andadura: el vino, los mesoneros, las meretrices, los cambistas, los especieros, los médicos, los ladrones; se reseñan los caminos a seguir, los ríos con sus vaídos, los vocabularios, los milagros...

Cuando Diego Gelmírez ascendió al podio episcopal y puso en práctica sus ideales y ambiciones, Santiago de Compostela alcanza la máxima cumbre de su poder religioso, político y cultural. Gelmírez fue un varón total, diplomático, realista, hábil, apasionado, fértil, tan inteligente como estuto, tan obispo como capitán, tan osado como cauto. Sabía, además, y ocasiones no le faltaron para comprobarlo, que a donde no llegasen las razones llegarían las dádivas; y que ningún camino tan efectivo como el de su presencia corporal. Con él, pues, Santiago avanza hasta la plenitud y la catedral queda concluida bajo su poderoso músculo en 1128.

Ya alzaban su obra las fachadas de las Platerías, la del norte, la del poniente... Esta última, que se baña en el sol crepuscular y se prestigia con los oros más barrocos de Galicia, la describe Aymery Picaud, el clérigo poitevino que escribió la primera guía turística del Camino Jacobeo, diciendo que era la mayor y mejor de todas, adornada con columnas de mármol y esculpida de ángeles, santos, flores, animales y aves; y que en la parte superior destacaba

la Transfiguración, Cristo sobre una blanca nube... Esta puerta fue desguazada más tarde para que el maestro Mateo alzara en 1188 el Pórtico de la Gloria, plenitud máxima del arte románico. El maestro Mateo, como Bernardo el Viejo y Roberto, como los cincuenta canteros que iniciaron la catedral, acapara un impenetrable misterio histórico. Lo más exacto de su biografía parece reducirse a la escultura que en el envés del Pórtico, y según afirma López Ferrero, constituye su autorretrato. Es una estatua orante, contricta, oscura, hincada de rodillas en el pavimento de la basílica...

La puerta de las Platerías que se abre a la rúa artesana de nombre, ha llegado hasta nosotros casi en su pureza original. Se ignora el autor. Pero allí siguen testimoniando su genio imaginativo y perfección formal, David sosteniendo la viola. Adán surgiendo de las manos de Dios, la mujer adúltera castigada para siempre a llevar en el regazo la calavera del amante; y en el punto vertical, el Salvador que ofrece el más divino y humano perfil de toda la composición escultórica.

Al flanco del Pórtico de las Platerías inicia el obispo Rodrigo de Padrón, en el XIV, la Torre del Reloj, torre que continúa Berenguer de Landoira. Pero su auténtico arquitecto sólo lo fue, en 1676, Domingo de Andrade, una de las primerísimas figuras del arte gallego. La Torre del Reloj es el primer y ya resplandeciente alarde del barroquismo gallego, barroquismo que Andrade siembra por todas sus posteriores creaciones, por el Pórtico de la Quintana, por el Tabernáculo del Apóstol, poblados de formas aladas, áureas, frutales, ardientes, todo un frenesí genésico que va a imponer la huella por la anchura y sabrosa Galicia del XVII y XVIII. Desde la alta torre el sonido de la Berenguela, que ostenta la capitanía mística de las campanas compostelanas, derrama por la urbe jacobea la dimensión física y mecánica de Dios.

Para sustituir el hastial occidental aderezado en 1606 con la escalinata que edificara Giné Martínez, y para proteger a su vez y empa-

rar el Pórtico de la Gloria abierto totalmente a la voracidad de los elementos, fue ideado en el siglo XVIII todo un alto retablo de granito. La empresa se puso en manos de Fernando de Casas y Nóvoa, y el resultado fue la sorprendente fachada del Obradoiro, el más exquisito, hermoso y resplandeciente producto del barroquismo gallego. Casas y Nóvoa integra con Bernardo el Viejo, con el Maestro Mateo, con el Maestro de las Platerías y con Domingo de Andrade el cuadro culminante y creador de la catedral de Compostela. Casas y Nóvoa es el triunfo, la apoteosis que caligrafía por las alturas gemelas de las torres y por la fachada central del Obradoiro, un lujo incansable, toda una pululación vital, turgente, alada, carnosa, fundida con las balaustradas, las cornisas y pináculos, las ménsulas y columnatas, sin dejar ni una pulgada sin su filigrana y racimo. Cuando el sol incendia el ocaso, la obra de Casas y Nóvoa, como un surtidor de oro, adquiere una dimensión inolvidable.

Toda esta obra de la Catedral de Santiago, suma de siglos, de gustos, de imaginaciones y raíces campesinas, es la que ha celebrado su IX centenario. Compostela —lo dijo Valle Inclán—, aún conserva los ojos atentos para el milagro. Porque milagro lo son todas sus piedras monumentales, apretadas en unánime unidad y presididas por el dedo místico del Santuario. Cuando uno entra en la ciudad jacobea y recorre sus rúas y plazas, un ambiente, teológico y propicio, un silencio sagrado, una plenitud beatífica le desciende, le baña, le cubre y fecunda; y en su ámbito es posible el más complicado portento: el portento de sentir a Dios en las entrañas. Como lo sintieron aquellos peregrinos culminantes, Mío Cid, Luis VII de Francia, Francisco de Asís, Isabel de Portugal, el caballero Rosmihal, Jacobo III, Guillermo de Aquitania, trovador muerto en las gradas del altar compostelano...

Carlos GARCIA BAYON

FOR OBRAS

LIQUIDACION TOTAL día 17

LAZAROL Y S.A. cerrado lunes y martes para preparar la liquidación

avda. gilmo. franco, 415 teléf. 217 39 00 barcelona-8

LAZAROL Y S.A. PARKING GRATUITO: DAVID, Aribau, 230 CATASA, Córcega. 276

CURSO de DINAMICA MENTAL, HIPNOSIS y PARAPSICOLOGIA

Dictado por J. M. ROCAFORT

"FASSMAN" PSICOLOGO

Miembro de la Asociación Nacional de Instructores de Hipnotismo de U. S. A.

Más de 200 cursos en 14 países

- Relajación física y mental
- Meditación dinámica
- Lectura rápida
- Memoria y concentración
- Grafología y fisiognomía
- Etereo sugestión y auto sugestión aplicada
- Parapsicología
- Fenomenología extra sensorial parapsíquica

Iniciación, martes, 20 de enero, a las 8 de la tarde. Duración 5 semanas.

En Sala COOPER, Travesera de Dalt, 134-136 - Barcelona

INFORMES E INSCRIPCIONES:

Apartado de Correos 2.416 - Tels. 214.61.00, 250.69.59 de 7 a 9 de la noche. Único curso en Barcelona - Cupo LIMITADO

